

Editorial

Jaime Alvar Ezquerro / Director

EN EL VOLUMEN 14 DE REVHISTO, EDITADO EN EL AÑO 2011, se publicaban los resultados del primer encuentro de los tres en los que se había articulado el proyecto de investigación “Pouvoir et Histoire”, financiado por el Centre de Recherches du Château de Versailles, bajo la dirección académica de Chantal Grell y la coordinación de Matthieu da Vinha por el Palacio de Versailles.

El primero de los encuentros, “Références historiques et modèles politiques: Images du pouvoir impérial en Europe, XVIe-XVIII siècles”, se celebró en Versailles entre el 5 y el 7 de junio de 2008. El segundo tuvo lugar en la Universidad Carlos III de Madrid entre el 5 y el 7 de noviembre de 2009 bajo el título “Mitologías políticas y consciencias nacionales”; su publicación ocupó el volumen siguiente de *RevHisto*, es decir, el nº 15, asimismo en el año 2011. El tercer encuentro, “History and Religion: the religious challenge of historical discourse and the Rewriting of the Past”, se realizó en la Universidad de Erfurt en 2012. Tras vicisitudes que no vienen al caso, finalmente ve la luz ahora.

Revista de Historiografía agradece la confianza depositada por los responsables del proyecto iniciado hace más de seis años para que sus páginas acogieran el resultado de las investigaciones de los estudiosos implicados en su desarrollo.

Resulta llamativa la actualidad de la temática analizada en el proyecto, en especial la correspondiente a los dos últimos encuentros, dadas las tendencias dominantes en la política más reciente. De un lado, las reivindicaciones nacionalistas en el seno de los grandes estados que conforman Europa se perciben como una amenaza desde determinadas instancias, o como una oportunidad para una transformación más profunda de las instituciones europeas según criterio de otros. Evidentemente los proyectos políticos se construyen a partir de un relato histórico que, por su propia naturaleza, es cambiante y susceptible de adaptación para los intereses de quien lo construye. El análisis del discurso en la elaboración de las consciencias nacionales a lo largo de la historia es, pues, del todo pertinente para la comprensión del presente. Sin embargo, los argumentos históricos no dan las claves para la resolución de los

problemas. Son argucias retóricas destinadas al consumo de quienes ya están previamente inclinados a aceptarlas. Ciertamente, en la construcción del discurso caben desde reflexiones próximas a la experiencia constatable hasta lucubraciones propias de la mitopoyética política, tan frecuentes en la legitimación del presente desde la praxis más antigua de la política.

Ahora bien, la mitología política no tiene por qué relacionarse con la religión. Es este un nuevo elemento incrustado en la narrativa histórica que posee una potencia discursiva tremenda. Los conflictos religiosos, siéndolos en su brutal dimensión, siempre esconden motivaciones de otra índole que, al ser menos visible y vistosa, se identifica peor que la más obvia. Dispuestos a identificar las diferencias en las expresiones culturales más notorias, solemos darnos por satisfechos con explicaciones simplificadoras, de modo que cargamos sobre las religiones gran parte de la responsabilidad de los desencuentros o de los conflictos, cuando en realidad no hace más que vehicular una responsabilidad que pertenece a otros agentes que se escudan tras las creencias religiosas.

En ese sentido, nacionalismo y religión comparten una dimensión epifenomenológica tras la que se oculta la *aitía*, la razón profunda, que Tucídides nos enseñó a buscar, con escaso éxito a la vista de los hechos. En los objetivos del presente podemos buscar justificaciones proporcionadas por el pasado, pero es ese un juego más bien retórico, vinculado al “argumento histórico”, innecesario en general para la resolución de los conflictos del presente. La Historiografía nos ayuda a desvelar todos esos mecanismos que intervienen en el relato histórico, es decir, en la construcción de una narrativa que da apariencia de verosimilitud a una interpretación intencionada y, por tanto, sesgada de la Historia. El problema del oficio es aceptar que el análisis historiográfico que desvela las carencias de nuestra posición ideológica es acertado y que la consecuencia inevitable es asumir con modestia la obligación de cambiar nuestras posiciones.

Los acontecimientos más recientes parecen obstinados en proporcionar una respuesta negativa a la pregunta con la que se cerraba el editorial del primero de los volúmenes mencionados en este.